

por fin, una autora teatral

La verdad es que nunca he terminado de explicarme la aparente insuficiencia de la mujer como autora teatral. Y lo cierto es que escasos nombres femeninos pueden darse en una anónima, más o menos aceptable, de autores de literatura dramática. En España concretamente —salvo el entredicho de Tirso de Molina— las pocas mujeres que se han atrevido con el género teatral han salido poco airoas. Sin embargo, no me parece a mí este género tan “inabordable” por las mujeres. Las características de la dramaturgia —especialmente después de la apertura “freudiana”— que se basan más en la habilidad y la inspiración que en un seco raciocinio, pueden necesitar y favorablemente las manos y las mentes femeninas, extremadamente útiles en el urdir hermosas fantasías y relampagueos satíricos. Me temo que haya algo de complejo en la primera timidez de la mujer que se acerca al quehacer teatral conociendo la dura competencia varonil que tiene que afrontar.

Incluso algo de este complejo pudiera existir en la triunfante María Aurelia Capmany, quien antes de estrenar con éxito “Vent de garbí i una mica de por”, se esforzaba en justificar sus intentos teatrales aduciendo la íntima unidad de los géneros y apoyándose en su situación de novelista que abordaba el género teatral para “decir cosas”. Estas premisas hay que tenerlas muy en cuenta a la hora de enjuiciar su reportaje satírico, estrenado con feliz éxito en el Palacio de la Música, para conmemorar el quinto aniversario de la fundación de la “Escola de Art Dramàtic Adrià Gual”. En “Vent de garbí i una mica de por” de María Aurelia Capmany hay una larga serie de concesiones, y esa serie de concesiones son precisamente las que determinan la eficaz calidad de la obra, como brillante guión satírico-dramático apoyado en una visión espectacular y —ese es el defecto más grave del montaje— un tanto abarrocado.

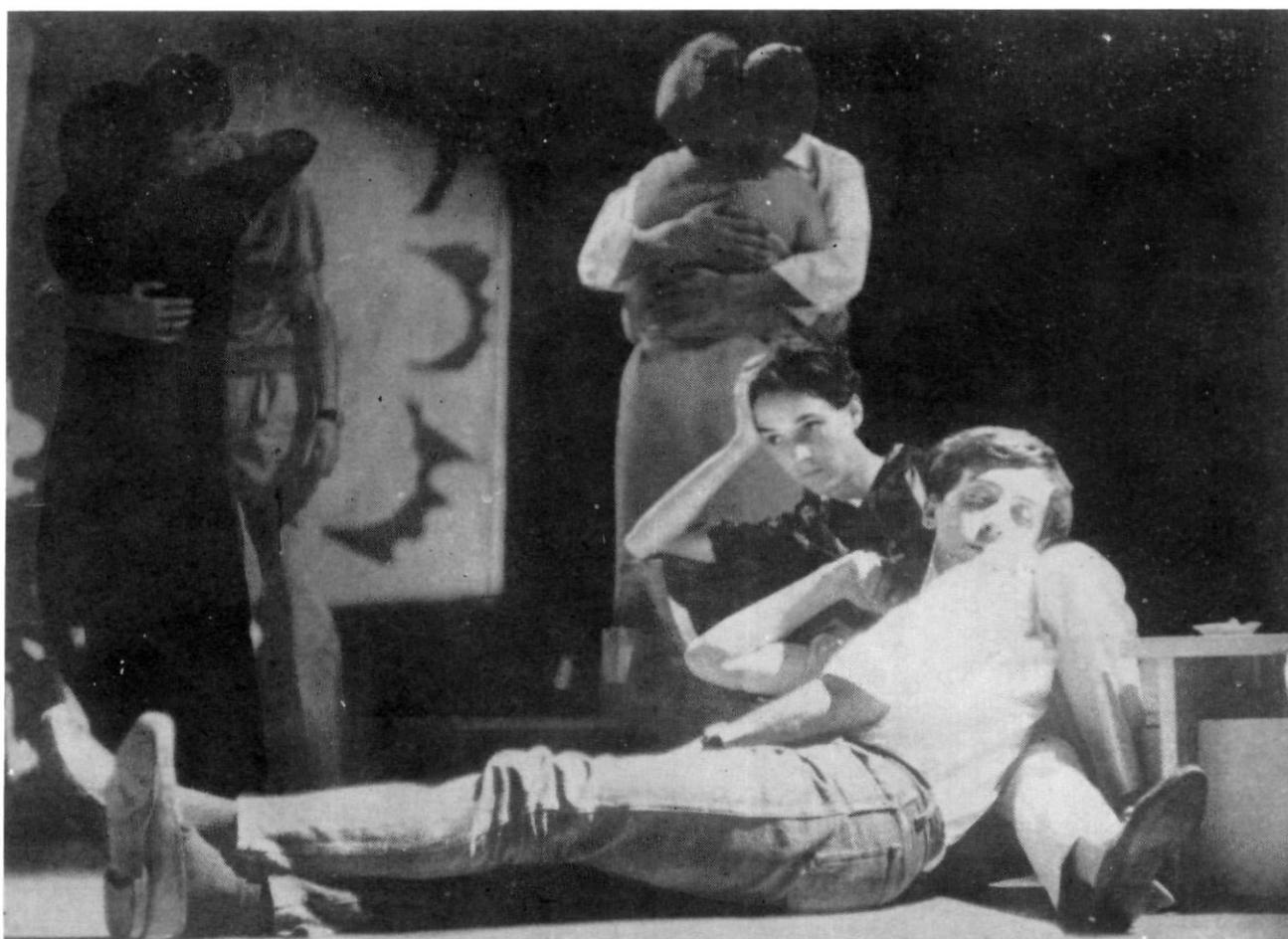
Recuerdo yo que en la primera conversación que tuve con la autora, a raíz de la fundación de la Escuela, me dijo que a ella le gustaba en el teatro, lo que tenía de “menos teatral” —cosa en la que estoy de acuerdo— aunque María Aurelia parecía decantarse en lo de “menos teatral” al ingrediente literario vanguardista de Marceau, Brecht, Ionesco, etc. Probablemente en la consideración del ingrediente “no teatral” del teatro no hubiéramos podido entonces ponernos de acuerdo y sospecho que ahora, después del estreno de “Vent de garbí i una mica de por”, cupiera el acuerdo, porque la autora se ha separado precisamente del ingrediente “no teatral”, pero literario, para escoger lo “no teatral” en expresiones de tipo popular, de directa captación psicológica —y aquí el sexo de la autora juega un papel clarificador antes que perturbador por cierto— con lo que ha hecho un completo giro en sus preferencias y encontramos, por fin, una autora capaz de crear un importante teatro popular y de escaso condicionamiento literario. O sea que María Aurelia ha venido a colocarse en el polo opuesto de “El desert dels dies” y “Tu i l'hipòcrita”. Y yo, naturalmente, celebro el giro, la aplaudo y la considero autora teatral, y la primera mujer que en España ha sabido calar en el meollo oscuro y difícil del misterio dramático.

Este libreto fresco, jugoso, agradable y “veraniego” —como “La verbena de la Paloma”— se habrá de tomar muy en cuenta, si un día, ojalá sea pronto y en esto la nueva autora tiene mucha responsabilidad, el teatro catalán consigue salir de su “esteticismo afrancesado” para volver, muy regenerado y nuevo, a la yugulada corriente popular dramática de la “renaixença”. La Capmany tiene en las manos todos los instrumentos —sentido del esquematismo, agilidad para la caricatura, lenguaje agresivo y sonoro, y un registro portentoso de agudización sa-

tírica— para implantar las nuevas premisas de un teatro catalán auténticamente “histórico” y coherente.

En cuanto al apoyo que la autora ha tenido por parte de la Escuela Dramática “Adrià Gual” a estas horas no sé todavía si resulta favorable o perjudicial. Me refiero al tratamiento que se ha utilizado para su montaje, porque de la buena intención y de la calidad de este esforzado grupo de actores, directores y escenógrafos, nadie duda. Ahora bien ¿acaso no se habrá dejado llevar Ricard Salvat de una influencia un tanto “broadwayana” al montar el sencillo e inteligente refrescante sainete catalán? ¿No habrá perdido la obra alguna coherencia y hasta intencionalidad ante el aluvión de discos, evoluciones, luminotécnica que Salvat ha utilizado un poco llevado por el alarde, antes que por la necesidad? ¿No habrá introducido Salvat, un poco de matute, el espectro literario que la autora había sabido conjurar tras muchos trabajos? He aquí tres interrogantes que me preocupan; y me preocupan porque este equipo de la Escuela “Adrià Gual” proclama muy valientemente que sus derrotados están por encima de cualquier trivialidad y ven precisamente uno de los males del teatro actual en la falta de auténtica profesionalidad. Me cuesta trabajo creer que Salvat sea capaz de sacrificar nada fundamental a la eficacia del público. A lo mismo digo de María Aurelia. Algún sacrificio representó, sin embargo, la introducción de la canción de la angustia vital...

Porque tengo una gran confianza en este grupo, porque me honro con la amistad de ellos y porque considero que debemos apoyarnos unos a otros sinceramente y con las objeciones debidas, he puesto aquí estos interrogantes y deseo que recapaciten sobre ellos. Así como felicito a María Aurelia Capmany por haber emprendido este alegre y difícil camino. J. M.^a RODRIGUEZ MENDEZ



Reportaje gráfico de la representación de «Vent de Garbí i una mica de por»